

EZEQUIEL CUROTTO

UBA

SUB UMBRA CRUCIS

ezequielcurotto@yahoo.com.ar

Recepción: Noviembre 2018

Aceptación: Noviembre 2018

A veces es la opacidad propia de los cuerpos la que nos convoca a apartarnos a un costado del murmullo cotidiano para sostenernos en una atención meditativa; otras veces ya ni siquiera pensamos, sino que los objetos nos absorben y reemplazan nuestros pensamientos por el bosquejo seco de su figura; lo cierto, no obstante, es que más que la luz, es en muchas ocasiones la sombra como también así los objetos encarecidos bajo ella lo que nos conmueve. Ni los cristales y superficies metalizadas, que reverberan en el brillo hacia la incandescencia, ni el resplandor de las hojas después de la lluvia caída sólo unos instantes antes, experimentan el ocaso que significa el pervivir a la vera de la luz. Lo que yace escondido no puede sino sentir los ecos de una injusticia, sólo le ha tocado nacer debajo, entre los pedruscos envueltos por las sombras del bosque o entre los muros de una ciudad envuelta en niebla, sofocada por las alturas de las construcciones; pero, en todo caso, el grito de angustia parece el fruto mismo de una desigualdad, de una injusticia que no sería sino el producto de un acto propio del egoísmo de los objetos, fruto de la resistencia que oponen a la luz, o bien corolario, de la finitud de la luz misma, que ante la materialidad opaca no puede sino retroceder. En todo caso, tal como en “La cena miserable” de César Vallejo, parece que “hay alguien que ha bebido mucho, y se burla, / y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara/ de amarga esencia humana, la tumba...”,¹ como si sepultados antes de tiempo, la oscura tierra les hubiese depositado en el interior de su seno, a expensas de los destellos de la superficie, en el aguardo de una muerte ya acaecida. Empero, no nos interesa la sombra que puede proyectar un cuerpo cualquiera, por más similitudes que puedan extraerse entre las particularidades de todas ellas, sino que ante nosotros se impone la necesidad de pensar la sombra de aquel bosque singularísimo que es la Cruz. En ella se ha unido el conjunto de representaciones que ha modelado la experiencia vital de Occidente y buena parte de Oriente durante milenios. Su sombra, como sucedáneo, se extiende sobre el pasado reuniendo en su abrazo agónico todo lo acontecido después de ella, tal vez signando la muerte del hombre en cada una de sus manifestaciones, pero marcándoles, por otro lado, que como contenidos alojados en su interior, la historia no es sino el desarrollo de su misma sombra, en la danza que perpetúa el sol sobre la tierra. ¿Acaso será la muerte, el dolor, el sufrimiento de estos siglos, el periplo que se esconde tras el abandono de Dios a Dios mismo? Lo cierto es que una vez adosados

a un destino, no puede éste sino abandonarse en su cumplimiento. Ha querido la humanidad verse en la Cruz, pues será entonces la Cruz misma el destino que le sumergirá en su más allá, una vez que esta haya explicitado todo lo que en ella reposa.

Ante esto, la filosofía se ha comportado de forma tal que ha hecho de su experiencia de la Cruz un epítome y un síntoma de su misma condición existencial. Ni la apologética, ni la crítica mordaz, han podido desembarazarse de la devoción que deben a tal objeto, aunque más no fuera sino como la proliferación del anatema, empuñado, sorprendentemente, por ambos márgenes. La filosofía no debe escabullirse bajo la alfombra para gritar perpleja que debajo de ella se esconden las puntadas que envuelven el bello fresco que adorna la parte visible de la misma. Los hombres topo, que peregrinan bajo la tierra socavando las raíces de los árboles y desmoronando catedrales y edificios de Estado, sólo demuestran el bajo precio que conceden a sus garras, a pesar de la incesante apología que hacen de sí mismos. Es tan grande el exceso de creencia que depositan en los castillos flotantes, que pululan bajo tierra a la espera de toparse con cimientos que derruir, como si no tolerasen que la tierra misma haya erigido algo que se dirija al cielo; en eso muestran su parentesco con la furia iconoclasta, sólo, que menos moderados que aquellos, la han expandido y han encontrado blasfema la superficie misma de todo este mundo. La filosofía debe alejarse de estos reclamos del más allá, cualquiera sea el contenido que se proclame haber escuchado tras bambalinas, o en todo caso debe hacer caso omiso del carácter imperativo de aquellas extrañas luces y ubicarlas en el lugar de una reflexión comprensiva.

A diferencia de la reflexión ilustrada que buscaba quitar verdad a lo considerado revelado, la nueva filosofía no debe sino interrogar el sentido que las aseveraciones representan para esa misma tradición, vislumbrar las implicancias, e incluso los anatemas que fijan un límite y así una identidad determinada. Lo que el creyente considera objeto de una revelación y de una creencia, nosotros lo tomamos como contenido mismo, materia de análisis que determina el objeto en consideración; el enclaustrarse en la disidencia acerca de la veracidad o no de un acontecimiento o de una construcción interpretativa priva al pensar de los elementos mismos que deben estructurar el todo del objeto, al tiempo que impide incluso el pensar mismo. En este sentido, y debido a la inmanencia de nuestro análisis —es decir, de toda reflexión que no impone al objeto las directrices de su propia alcurnia, sino que deja hablar al objeto en su propio lenguaje, permitiéndole revelarse en el cariz de su propia verdad—, es que nuestro discurrir filosófico no podía prescindir de la palabra teológica como contenido específico del objeto y acontecimiento de la Cruz. Su ausencia implicaría la subsunción de su especificidad al mero bosquejo de la brutalidad del castigo o las derivas de una moral romántica en el interior de un complejo institucional marcado por la situación de sometimiento al yugo romano. La Cruz debe remitir a la muerte de lo divino para que cobre realidad su sentido originario y es en esa relación que su

superficie podrá manifestarse cargada del espesor que ha cargado durante siglos. Pero al mismo tiempo, en tanto enmarcados en el espacio vital que ella misma ha abierto y revelado, no es posible pensar un afuera de la Cruz, pues todo lo que le niega y le rehúye se inscribe en su misma historia, tal como los clavos que terminaron alzando al hombre como objeto de tortura y como viviente mortuorio. Mientras su sombra aún se pose sobre la mirada de los hombres, sobre el devenir de los pueblos, ella marcará el desarrollo de la historia.

En esta oportunidad, presentaremos, no obstante, no un sistema, no una narración del complejo que se anuda en la Cruz, sino una serie de fragmentos, de pensamientos ligados por la abertura inscrita en esa tensión entre cielo y tierra, divino-humanidad. El carácter fragmentario de este opúsculo, implica la itinerancia de un pensar que se ha acomodado a la vera, quizás demasiado a la sombra, pero cuya negatividad le sujeta aún al objeto que contempla. La transfiguración que emerge del lado opaco de aquel madero, debe cautivar al pensamiento, el cual se acerca al privilegio de vislumbrar la sombra misma de Dios, como acontecimiento místico. Es por ello que estas páginas que siguen inundan el silencio del blanco con cortes mortales, punzudos, amargos y estériles, en la aseveración, empero, de la imposibilidad de un corte. Tal como una serie de escorzos que aunados constituyen el semblante de un objeto, estos pensamientos que siguen intentan exponer el rostro oculto de la luna, siempre, claro, en su impertérrita sombra.

FRAGMENTOS

1. Prometeo encadenado; Cristo crucificado. Si hemos de pensar una continuidad discursiva, hemos de sostener un entramado conceptual que, no obstante les diferencie. Si en el primero es lo divino lo que ata al dios a la roca, en el segundo es lo humano lo que le clava en el madero. Lo que Zeus castiga es el don ofrecido a los hombres, lo que la humanidad castiga es el don recibido del dios. Por eso, es «el fuego» lo que vuelve sobre la divinidad como castigo. Cristo sufre la transgresión de Prometeo, quizás para mostrar que toda bendición de lo alto posee los sesgos de lo maldito.

2. El que Prometeo yazga atenazado a una gran roca, muestra que el soporte de su destino aún no ha abrazado lo humano. Aquella escena sólo puede acontecer en medio de lo natural y ante divinidades que aún no sean desprendido de esta raigambre.

3. Prometeo. Según Kafka terminó fundiéndose en la roca, hasta que cayó sobre él el olvido: “los decursos de milenios olvidaron su traición, los dioses olvidaron, las águilas olvidaron, y él mismo olvidó.”. Por otro lado, “Se cansaron los dioses, se cansaron las águilas, la herida se cerró, cansada”.²

4. Prometeo como herida abierta, lo vivo como herida. A un dios que no muere le espera la impasibilidad de las rocas; de ahí la estatuaria griega. La bella configuración de su estructura encierra en sí un profundo olvido. Por ello, el profundo anhelo moderno por los museos.

5. Simone Weil: “Prometeo, el dios crucificado por haber amado en exceso a los hombres. Hipólito, el hombre castigado por haber sido demasiado puro y haber amado en exceso a los dioses. Lo que clama castigo es el acercamiento entre lo humano y lo divino”.³

6. Que Cristo haya sido crucificado sobre el producto del trabajo humano, debe hacernos pensar que la humanidad misma agoniza por su medio. Sin embargo, que cada uno tome su cruz...

7. En la Cruz, lo natural aparece muerto debido a la acción humana; del mismo modo el hombre que agoniza herido. Trabajo: espiritualización de la materia.

8. Tal vez no sea posible pensar el trabajo sin pensar en la muerte. De ahí que todo trabajador deba morir primero. Tal vez esto explica el por qué la obsesión de los hombres con la posesión y, más aún, con la propiedad. ¿Quién no querría poseer su muerte, o más bien el mundo entero, aunque muerto?

9. La guerra tal vez no sea sino un corolario del trabajo humano, la carne crucificada por la técnica.

10. Título de propiedad. ¿Garantía escatológica? Sin embargo, no debe haber seguridad alguna. Por ello es que “A todo el que te pida, dale, y al que te quite lo que es tuyo, no se lo reclames” (Lc 6, 30).

11. O más bien, la seguridad sólo es la promesa de que quien da no ha inmovilizado a Dios.

12. ¿Por qué no puede Cristo fundirse en la madera? ¿Por qué no les es posible el olvido? Allí se expresa un dolor eterno.

13. Serpiente en Génesis. Eva. Si lo que Dios castiga es el conocimiento en el hombre, la iniciación a él sólo acontece por la mujer. De allí que los legalismos, siempre sujetos a una obediencia inobservante, le desprecien.

14. El verdadero conocimiento sólo comienza con la mujer. La mujer sabe de abismo. Por eso debe el hombre tomar mujer, o mejor aún, hacerse hombre-mujer (¿curato?). También el hombre debe conocer de abismos, pues en el abismo se oculta Dios.

15. Pero quien toma mujer también se pone a resguardo. Es en la posesión donde se oculta el fracaso. De allí, Monelle.⁴

16. Mística renana. El nacimiento de Cristo en el alma. El alma como matriz divina. Todo hombre debe ser una parturienta.

17. La moral cristiana, respecto a la identidad y funcionalidad de los sexos, repele la posibilidad de la mística, siempre el grado más alto de espiritualidad religiosa.

18. Imposibilidad de negar a Dios. Pues ¿cómo negar lo infinito? De ahí que se represente el infierno como espacio de sufrimiento, es decir, como iteración en la imposibilidad de negarlo; en definitiva, vivir, experimentar a Dios pero de forma negativa. También Dios habita los infiernos, pero allí sólo es sombra.

19. La fórmula clásica que postula al mal como privación está atada a una consideración sustancialista de Dios. Pero, una vez desustancializado, el mal adquiere su verdadero status.

20. Mal. Quitar a lo donado la calidad de don. Tal vez por ello, el socialismo no esté mal encaminado.

21. Pensar en un Dios, infinito, que pudiese sentirse ofendido por acciones humanas, siempre insignificantes, revela o bien una metáfora propia de una concepción deficiente de lo divino o bien el disloque de lo que debería haber sido una doctrina consecuente del pecado. El dios misericordioso, empero, aparece como la apuesta más alta de una concepción de Dios —aun presa de la representación—; lo que aquí es voluntad personal debe interpretarse más bien como necesidad impersonal.

22. El que la presencia de lo incondicionado en la acción se presente descansando como moral determinada —finita—, ¿acaso no rebaja lo divino al prurito propio del timorato? Mejor pensar dicho acontecer en los términos de una divinización pneumática. El sopro de Dios no debe ser tan pesado como para convertirse en roca.

23. Pero, en todo caso, se mantiene la pregunta acerca de la arbitrariedad que pueda traer aparejado el sopro liberal del espíritu. Peligro de un nuevo formalismo.

24. El sol gravita sobre el madero, una tenue sombra se proyecta. Umbra dei, se dirá. Pero quién sabe, tal vez sólo sea la sombra del astro.

25. Lux umbra dei est. ¿Y la sombra de la sombra?

26. Sub umbra Crucis. ¿Noche oscura del alma?

27. Santa Faustina: horror a lo divino. Tal vez sobre algunas almas Dios se manifiesta como rechazo.

28. Pero de todas formas, ¿cómo no sentir horror por lo divino?

29. Todo verdadero habitante de la Cruz, habita su sombra. Todo lo otro, fascina por encandilamiento.

30. No obstante, también hay que saber abandonar los desiertos umbrosos. Pero esto es difícil. Después de todo, a pesar del calor, estos se perciben frescos, húmedos, solitarios. Demasiada sombra ciega la vista y sólo puede vislumbrarse el privilegio de ya no ver nada.

31. La verdadera humildad consiste en percibir objetos. Estos, incluso, sanan.

32. Tal vez no haya forma más profunda de amar a un ser que habiéndole causado daño. ¿Cruz?

33. A quien se daña, se le permite dañarnos; pues nadie quiere amar en soledad. Sin embargo, ¿cómo no amar al agente de nuestro dolor? Después de todo: “El amor tiende a llegar cada vez más lejos. Pero tiene un límite. Cuando ese límite se sobrepasa, el amor se vuelve odio.” (Simone Weil).⁵

34. Víctima y Verdugo. Unión Mística.

35. ¿Por qué el odio no salva? Después de todo, ¿acaso hay disposición más devota, más constante?

36. El odio es amor no crucificado. Pero, ¿puede reprochársele al hombre no ser Dios?

37. Sombra de la Cruz. Lo temporal siendo azotado por el rechazo divino. La luz del sol se eclipsa y emerge como negación de sí. También Dios se niega y aparece opaco, ensangrentado. Sombra, como auto-acusación. Vivir a la sombra de la Cruz. ¿Existe, acaso, destino más aciago?

38. Cruz: “Carducci se preguntaba: «¿Cuándo será alegre el trabajo? ¿Cuándo será seguro el amor?»”.⁶ Es la duración la que se envía más allá de ella misma. El tedio siempre mira el futuro.

39. La ley siempre ha sido el vestíbulo más alejado del santuario; después de todo, Cristo fue crucificado junto con malhechores.

40. Si algo nos ha enseñado Kafka es que ante la ley el acusado es siempre inocente y al mismo tiempo indefectiblemente culpable. La acusación misma es ya el signo de la culpabilidad. Inútiles resultan las pesquisas, las averiguaciones en pasillos y buhardillas, lo universal siempre atentaré contra lo particular. Cuestión de supervivencia.

41. Si hay algo que resulta evidente es que la ley sólo se busca a sí misma. ¿Vale esto también para Dios?

42. Pero, ¿qué será la ley para sí misma? Si lo supiera, acontecería el derrumbamiento.

43. Medusa, la Gorgona, al ver su reflejo en el escudo del héroe no supo sino convertirse en piedra. De su cabeza decapitada se elevó Pegaso hacia las alturas. Hay que decapitar la ley para que surjan alas.

44. Si la ley es siempre un más allá —un deber ser—, su cumplimiento es siempre degradación. Lo sublime siempre reverbera en la distancia. Por eso, lo virtuoso a veces se reviste de patetismo.

45. La verdadera fidelidad a la ley es su incumplimiento. Pero la ley, tal vez, quiera ser sobrepasada.

46. Amar la ley es consentir en su desaparición. De allí el odio de todo aquello que se aferra.

47. El que la ley sólo se retrotraiga en la acusación de tipologías criminales determinadas, es un acto de moderación de la ley; un leve dejo de liberalismo.

48. El derecho sólo puede conseguir crucificados, pero ¡cuidado!, los crucificados arrasaron el Imperio. Que esto valga para todo aquel que...

49. Nietzsche. Concepción abstracta del sí, concepción abstracta del no. Pero toda afirmación es negación y toda negación afirmación. A fuerza de tanto afirmar terminará negando la vida.

50. Hegel. Viernes Santo especulativo. “Pero el puro concepto o la infinitud como abismo de la nada en el que todo ser se hunde, tiene que describir como momento, y sólo como momento de la suprema idea, el dolor infinito, que hasta ahora había sido como el sentimiento sobre el que se basa la religión de la época moderna, el sentimiento de que Dios mismo ha muerto (es lo que se halla expresado, por así decirlo, empíricamente en las palabras de Pascal: «la naturaleza es tal que señala en todas partes un Dios perdido tanto en el interior como fuera del hombre»). De este modo tiene que darle una existencia filosófica a lo que fue también, o precepto moral de un sacrificio del ser empírico, o el concepto de abstracción formal; y por consiguiente, tiene que restablecer para la filosofía la idea de la libertad absoluta, y con ella el sufrimiento absoluto o viernes santo especulativo, que por lo demás fue histórico, y a éste incluso en toda la dureza y verdad de su ateísmo”.⁷ La verdad del ateísmo, es sólo en tanto momento. No se entiende entonces por qué el cristianismo combate lo que le conforma.

51. La Cruz no habla de la inexistencia de Dios, sino de su muerte; pero la muerte de lo absoluto no puede sino emparentarse con la vacuidad del ser-nada. En Cristo, la muerte de lo finito ha arribado a la mortalidad de lo supremo; Parménides ha sucumbido en el año cero.

52. Que lo divino muera. ¿Acaso existe pensamiento más revolucionario?

53. Como lo atestiguan grandes pensadores, el ateísmo no es sino un momento del cristianismo. Exactamente el momento de Cristo en la Cruz.

54. Se ha hablado mucho acerca de la Cruz como intersección entre lo eterno y lo temporal, tal como se perfila en la geometría de la Cruz. Pero no se ha puesto en relieve el que los maderos han tenido que ser perforados por clavos para conseguir la elevación sobre el Gólgota. Lo natural no produce esas formas. En ella, lo orgánico se lanza altivo hacia lo alto pero no reproduce sino una mera imposibilidad, el cielo siempre le quedará demasiado alto. Ha tenido que ser el hombre el que consiguiera el cruce de las perpendiculares. Lo natural se resiste a la idea, de igual modo lo divino, que ha tenido que ser torturado y amarrado. ¿Qué otra cosa puede pensarse como esencia de la humanidad sino la transgresión?

55. La Cruz no fue sólo un acto de misericordia divina sino también un acto de fuerza humana.

56. Simone Weil. La Encarnación implica la Creación:⁸ El Cosmos también ha sido crucificado.

57. El amor de Dios no puede sino ser crueldad para el hombre. A fin de cuentas, Dios sólo quiere verse a sí mismo. Pero como compensación, se ha encarnado. Privilegio de la humanidad.

58. El humanismo no sabe que su fundamento siempre ha sido cristológico. Si se niega esto, no se cae sino en la arbitrariedad del antropocentrismo, tal como lo expuso Spinoza.

59. Feuerbach. La verdad del teísmo es el panteísmo, la de éste la moderna filosofía Alemana (Hegel).⁹ Difícil no darle la razón, si uno quiere ser consecuente.

60. Las manos de la divino-humanidad han tenido que ser perforadas. “Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto” (Sant 1, 17-18), pero debe pedírsele a gritos.

61. La parte judía del cristianismo es la que aún hoy sobrevive en la angustia. Es ya, pero todavía no.

62. Lo que angustia es la espera. También lo que cansa.

63. Cruz. Renuncia a la búsqueda de un dios vivo. Todo cristiano debe ser ateo. Mal entendido, este ateísmo se vuelve iconoclasta.

64. Dios habita entre los muertos. Cuál sea la forma de mortalidad es secundario.

65. El Dios vivo solo se halla más allá de la muerte. Por ello, todo creyente debe rehusar la gloria.

66. Nicolás de Cusa. La gracia no es sino el despliegue de la absolutez de Dios como Universo. Visión no mágica de la gracia divina.

¹ VALLEJO, C., “La cena miserable”, en: *Los heraldos negros*, Losada, Buenos Aires, 1999, 78.

² KAFKA, F., “Prometeo”, en: *La muralla China*, Emecé, Buenos Aires, 1973, 85.

³ WEIL, S., *La Gravedad y la Gracia*, Trotta, Madrid, 2007, 129.

⁴ “Y Monelle dijo: / Tengo piedad de ti, tengo piedad de ti, amado mío. / Sin embargo, volveré a entrar en la noche; pues es preciso que me pierdas, antes de recobrarne. / Y si me recuperas, otra vez escaparé de ti. / Porque soy la que estoy sola”. SCHWOB, M., *El libro de Monelle*, Longseller, Buenos Aires, 9.

⁵ WEIL, *La Gravedad y la Gracia*, 303.

⁶ GRAMSCI, A., “OPRIMIDOS Y OPRESORES”, EN: *ANTOLOGÍA: ANTONIO GRAMSCI, SIGLO XXI EDITORES*, BUENOS AIRES, 2011, 10.

⁷ HEGEL, G.F.W., *Fe y Saber*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, 164.

⁸ Cf. WEIL, S., *El conocimiento sobrenatural*, Trotta, Madrid, 2003, 70.

⁹ Cf. FEUERBACH, L., *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía*, Orbis, Buenos Aires, 1984, 21-43.